



Año 3 — Número 24 — Tomo 3 Abril de 1940

Catolicismo Práctico

Escribimos estas líneas bajo la impresión reconfortadora de la Semana Santa de Caracas.

Asistimos el Lunes Santo a la solemne comunión general, organizada por la Juventud Católica Femenina. Desde las cinco de la mañana grupos de muchachas de todas las clases sociales descendían, en forma de torrente arrollador, al fondo mismo de la ciudad, al espacioso remanso del Stadium San Agustín. El espectáculo de la arena deportiva era arrebatador. En el centro una cruz blanca formada por el armíño de las boinas de la juventud católica caraqueña; junto con ella, formando las alas de la Cruz, las jóvenes jocistas y las aspirantes de la organización. En el centro mismo, de la cruz, el blanco altar, donde se distinguía con dificultad la nivea testa de Mons. Castillo, que celebraba la Santa Misa. En torno a la Cruz blanca del centro y en toda la extensión del Stadium, un inmenso octógono que embellecían, con la policromía de sus vestidos, millares de muchachas caraqueñas. La ceremonia de la Santa Misa, y la Comunión de cerca de seis mil muchachas, se realizó en menos de una hora. Los numerosos espectadores de las tribunas quedaron profundamente complacidos de la belleza del acto y de la admirable organización con que se realizó la entrada y salida de las participantes.

¡Bella falange juvenil! ¡Aurora esperanzadora de un porvenir mejor de Venezuela! ¡Adelante!

EDITORIAL

El Martes Santo participamos de nuevo en la solemne comunión general de Varones, organizada en la Catedral por la Juventud católica masculina. La circunstancia de concurrir el mismo día la fiesta de San José facilitó excepcionalmente la esplendidez del acto. La multitud de hombres que concurrió al templo fué tan apiñada que resultó imposible realizar los pasillos de división que habían de circunscribir las quince divisiones en que se había determinado seccionar el templo. A pesar de todo la organización fué admirable.

La manifestación de Catedral tuvo momentos de insuperable emoción. La voz acompasada, uniforme y varonil de más de cinco mil hombres, recitando la Profesión de Fé, se escuchó en toda Venezuela con avasallador efecto. Los acordes del Himno Nacional en los momentos en que la Hostia Santa se elevaba al cielo en manos de Mons. Castillo, electrizaron los espíritus; y una nueva corriente eléctrica se apoderó de todo el público al escuchar, como un grito gigante, el canto colectivo del Himno Eucarístico, acompañado por los instrumentos de la Banda Marcial.

La Academia militar asistió en pleno, presidida por sus oficiales. Mons. Castillo los distinguió repartiéndoles personalmente la Sagrada Comunión, mientras otros doce sacerdotes lo realizaban en todas las secciones del templo.

Todos abandonamos la histórica Catedral de Caracas con una impresión dulcísima y optimista.

A todo lo largo de la Semana Santa los actos tradicionales de las parroquias caraqueñas se han realizado con una piedad y un fervor excepcionales. Interminables filas de confesiones, comuniones ininterrumpidas en todas las Iglesias.

Hemos hecho resaltar las comuniones generales de Lunes y Martes Santo; porque implican una palpable profundización del sentimiento cristiano en las solemnidades caraqueñas de la Semana Santa. Contesar y comungar, manifestar colectivamente la fe en forma disciplinada y solemne, es algo más que cargar un santo a las espaldas y celebrar con una copa de licor las largas pausas de ostentosas procesiones.

Hay fé en Venezuela. Una fé entrañada en el mismo ser de la nación. Tan necesaria al organismo nacional, como la sangre al cuerpo humano. No han bastado a extirparla largos años de marasmo espiritual y las propagandas subversivas de los últimos años, realizadas sabiamente por los técnicos extrangerizos de la incredulidad y el ateísmo.

Pero lo que conforta el alma es que el catolicismo venezolano va perdiendo la tara del rutinarismo. El catolicismo venezolano es hoy más consciente; el católico venezolano se ha visto forzado a discutir y examinar su fé y sus persuasiones son hoy más sólidas, más inquebrantables.

Y la inteligencia de la fé lo lleva a una más sólida y más eficaz participación en la vida cristiana. Las confesiones y comuniones de la Semana Santa caraqueña son un prueba contundente de esta afirmación.

Falta ahora que ese catolicismo consciente y práctico se transforme en catolicismo activo; y que el ejemplo de la piedad caraqueña encuentre eco en tantos sectores dormidos y rutinarios del Interior.

Venezuela fué siempre católica.

Lo nuevo, lo consolador, lo que llena el alma de justificado optimismo es que su fé es por días más sincera, más sólida y más consciente.